

15 céntimos.

JUAN RANA

Madrid 26 de Abril de 1901

Cuarta época.

Año I.—Núm. 3.

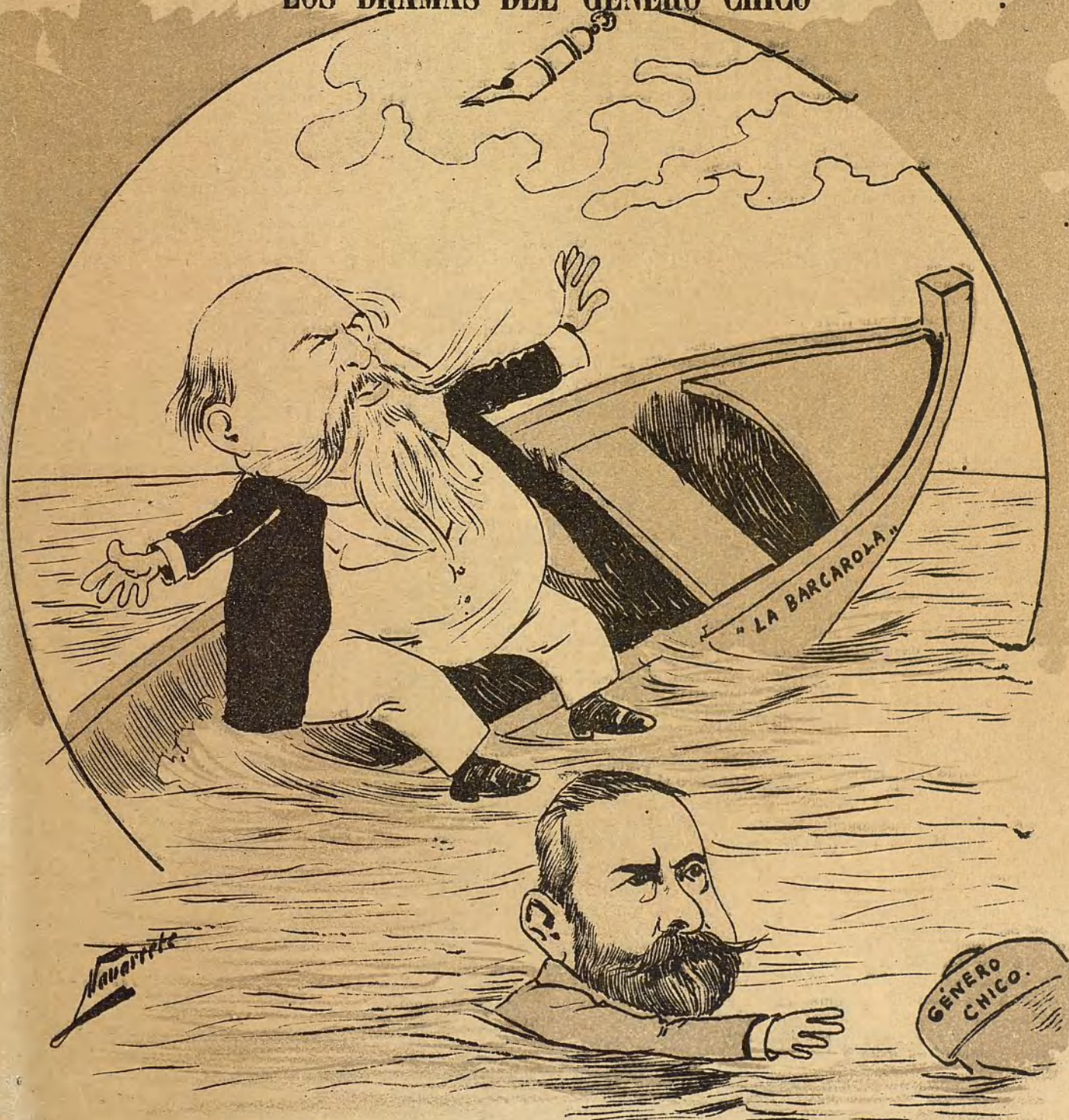
Oficinas: Gobernador, 4, bajo.

REVISTA SATIRICA ILUSTRADA
SALE LOS VIERNES

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940

Madrid y provincias, 2 pesetas trimestre. ㊦ Extranjero, 15 pesetas al año. ㊦ 25 ejemplares, 2,50 pesetas. ㊦ Anuncios, precios convencionales.

LOS DRAMAS DEL GÉNERO CHICO



EL ÚLTIMO NAUFRAGIO

LIT. MENDEZ - ISABEL LA CATÓLICA - 25-MADRID.

JUAN RANA

Con este epígrafe, *El Liberal* de Barcelona ha publicado un interesante artículo de Tello Tellez, ó sease Felipe Pérez y González, acerca del famoso comediante de la corte de Felipe IV.

Agradecemos la atención y copiamos el artículo, á fin de darnos un poco de tono con nuestro ilustre ascendiente.

De paso, los señores cómicos vendrán en conocimiento de quién es *D. Juan*...

«JUAN RANA! JUAN RANA! voceaban algunos vendedores hace pocos días, pregonando la reaparición del semanario satírico de teatros, que vuelve á publicar mi amigo Las Heras, después de haber estado en Sevilla, como el autor del *Quijote*, purgando ajenos yerros, en aquella triste mansión donde toda incomodidad tiene su asiento.

«JUAN RANA! JUAN RANA! Y este nombre me trajo el recuerdo de aquella época, venturosa para el teatro Español, en que brilló la numerosa pléyade de nuestros inmortales escritores dramáticos, cuyas obras servían de modelos á Corneilles, Molières y Racines, en que las compañías cómicas españolas eran solicitadas por las cortes extranjeras, y en que los comediantes, excomulgados y privados de cristiana sepultura, formaban congregaciones religiosas como la de la Virgen de la Novena, que aún subsiste, y, considerados por las leyes y por la opinión como gente ruin y de bajo y deshonesto oficio, eran tan agasajados y favorecidos por los reyes y por los magnates como celebrados y aplaudidos por el pueblo.

Cuando el famoso hidalgo manchego tuvo el encuentro malaventurado, como todos los suyos, con la compañía de Angulo el Malo, Sancho aconsejó á su señor «que nunca se tomase con farsantes, que es gente favorecida». Y agregó, en apoyo de su oportunísima y razonable advertencia: «Recitante he visto yo estar preso por dos muertes y salir libre y sin costas. Sepa vuestra merced, que como son gente alegre y de placer, todos los favorecen y todos los amparan, ayudan y estiman.»

Si Sancho Panza y D. Quijote hubieran «vivido» algunos años después y aquella aventura les hubiera ocurrido á mediados del siglo XVII, el consejo del primero hubiera podido ir corroborado con el ejemplo del favor alcanzado en la corte de Felipe IV por el gracioso Cosme Pérez, más conocido por el apodo de *Juan Rana*, que no sólo servía para impunidad de sus culpas, sino para indulto de las ajenas.

Barbara Coronel, que, según cuenta Pellicer en su «Historia del histrionismo», era «mujer casi hombre y la amazona de las farsantas de su tiempo, que mal hallada con la debilidad de su sexo usaba ordinariamente el traje de hombre, andando casi siempre á caballo», fué procesada por fundadas sospechas de haber dado muerte á su marido Francisco Talón, y presa y condenada por la justicia de Guadalajara, «de cuyas manos y sentencia definitiva, dice aquel historiador, la libertaron los empeños de su tío *Juan Rana*».

No cabe dudar de que éste, para gozar de valimiento tan extraordinario, debía tener méritos excepcionales. Caramuel dice que era el comediante más gracioso que conoció España en época en que Madrid «estaba chorreando graciosos», como afirma Quiñones de Benavente, pues sólo con salir á las tablas y sin hablar provocaba á risa y al aplauso, según el testimonio del primero. «Fue propietario en Madrid, hombre de ejemplares costumbres y singular por sus genialidades, tan mimado por los reyes que le toleraban atrevidas libertades y le obligaban á representar en las fiestas palatinas, después de retirado, y tan estimado por los poetas que apenas hay entremés de su tiempo en que no figure ó no haya alusión á su gracia y á su mérito.

Calderón de la Barca escribió *El desafío*

de *Juan Rana* y *Juan Rana torreador*; Solís, *El retrato de Juan Rana*; Cáncer, *La boda de Juan Rana*; Benavente, *El doctor Juan Rana*; Moreto, *La loca de Juan Rana*... y hubo *Juan Rana comilón* y *Juan Rana enamorado* y *Juan Rana mujer* y *Juan Rana poeta* y *Juan Rana nilla*, y hasta *Volatines* y *Juan Rana*.

El nombre de Cosme Pérez quedó olvidado por el popularísimo apodo, y Benavente le hacía decir en su entremés *El Soldado*:

«Juro á Dios que só Juan Rana,
sino que me desatina
el mundo dándome nombres
con que el mío se me olvida.»

Supone el erudito Monreal en sus *Cuadros viejos* que el ser más conocido por aquel apodo no debía ser por su afición al agua; y sin poner en duda la que pudiera tener á los suspiros de Alajós ó de Esquivias, es de suponer que más bien debió el mote á la propiedad con que representaba el tipo de alcalde bobo ó malicioso y socarrón.

En el entremés de Cervantes *La elección de los alcaldes de Daganzo*, el más agudo de los cuatro rústicos que se disputaban la vara de alcalde se llama *Pedro Rana*, y acaso la representación de aquel tipo, cambiado en Juan el nombre de Pedro, ó el de algún otro «de su familia», fué origen del sobrenombre que supo immortalizar Cosme Pérez.

Su segunda mujer, Bernarda Ramírez, pues parece que antes estuvo casado con María Acosta, de la que tuvo una hija, fué también comediante notable y muy graciosa, figurando con él en casi todas las citadas obras. En algunas de ellas, como *La boda de Juan Rana*, *El torreador* y *El desafío de Juan Rana*, sirven de asunto los amores y el casamiento de los dos comediantes.

Una «broma» de Juan Rana.

«El precitado Caramuel cuenta lo que hizo *Juan Rana* en un entremés representado en el palacio del Buen Retiro, cuyo teatro estaba colgado de ricas tapicerías y exquisitas pinturas. Esta anécdota comprueba su agudeza y la libertad cómica de entonces.

«En Madrid—dice—el salón del palacio llamado «El Buen Retiro», donde se representan las comedias, tiene alrededor algunas ventanas ó balcones que corresponden á los aposentos donde se sientan los grandes cuando se representan comedias.

«En cierto entremés en que *Juan Rana*, el gracioso más festivo que conoció España, hacía el papel de alcalde de aquel palacio, introdujo dos forasteros, á quienes mostró todo lo que había digno de verse en él; y cuando llegó á mostrarles el teatro, colgado, como se ha dicho, de preciosas pinturas entre las ventanas ó balcones, les dijo:

«Este es el salón donde se cantan y representan las comedias. El rey y la reina se sientan allí; aquí los infantes, los grandes ven aquella parte; y volviéndose á mirar una ventana donde había dos señoras de la principal grandeza, les dijo: «Contemplad aquellas pinturas; ¡qué bien y qué al vivo están pintadas aquellas dos viejas; no les falta más que la voz, y, si hablasen, creería yo que estaban vivas, porque, con efecto, el arte de la pintura ha llegado á lo sumo en nuestro tiempo.»

TELLO TELLEZ.

ROMA-PARES Y CLARINONES

Clarín, gran agradador de todos los Segismundos en Palacio, cree que el ministro de Instrucción pública no es Romanones, sino Roma-pares. Para pares, ó para par al menos, el de García Alix, á quien *Clarín* contó aquello de

Porque Agustín no es Floridor
Ni Floridor es Agustín,

y todo por falta del par que, según el cantor, sobra á Romanones.

No; *Clarín* no debe hablar de pares; es mentar la soga en casa del ahorcado.

Pero *Clarín*, escaldado, del agua fría huye. «Alix, dirá él, me persiguió por decir negro; el conde me favorecerá si digo blanco.» Y aquél *Clarín* que sólo tuvo alas para volar y ponerse fuera de jurisdicción, resultará ahora más alado que una mariposa. ¡Cómo cambian los tiempos!

Verdad es que Romanones ha caído de pie, de pie quebrado por supuesto, y sus reformas son, según la prensa más ó menos *clarinetada*, la verdadera tía Javiera del reformismo.

No; en esto hay que hacer justicia á don Leopoldo. No se trata de un solo de *Clarín*, sino de una verdadera fanfarra, ó mejor, de una monstruosa orquesta de Brunete; muchos bombos y un *Clarín*... etc.

Lo que hay es que las notas de *Clarín* son las más agudas. Es mucho *Clarín* D. Leopoldo Alas; demasiado *Clarín*. Por eso se clarea.

Lo que no está claro es la excusa del elogio. ¿Por qué es Roma-pares? Porque sí. Romanones es, según *Clarín*, Ministro de la española infantería. Pero decir eso es dar un par... de notas desafinadas.

¿Cómo justifica *Clarín* sus elogios?

«Fíjese el problema,
como dijo el gran trágico italiano
en el de Shakespeare, inmortal poema.»

Porque á *Clarín*, lo relativo á la asignatura de Religión, lo único valiente, sólo le parece bien á medias, con distinguos, como el caldo del seminarista del cuento.

—¿Se puede bautizar con caldo?—le preguntó el obispo.

—Distingo—contestó;—con caldo del seminario, sí, porque es agua pura. Con caldo del que toma V. I., no, porque tiene mucha sustancia.

Y sin duda á *Clarín* le sucede lo mismo. Le gustan las reformas para bautizar, porque no tienen sustancia. Pero prefiere el caldo de S. E., porque es más nutritivo.

A *Clarín* le gusta que la asignatura de Religión sea voluntaria, porque eso es lo constitucional. Pero quiere que se explique como asignatura obligatoria la filosofía de las religiones. Es decir, taza y media de caldo de seminario, que viene á ser un lavatorio de tripas.

¡Filosofía de las religiones! Como quien dice: *Clarín* en el Ateneo. No; *Clarín* está bien en Vetrata. Conviene tenerle á distancia.

Por la demás, bien se ve que *Clarín* debía ser catedrático de Economía política. Lo que hace no puede ser más político ni más económico. Bombea á un amigo y cobra el bombeo á otro. ¡Oh maravillas de la política económica y administrativa!

Porque, no hay duda, *Clarín* sale por ese registro á falta de otro. El sistema es conocido. Cuando escasean los asuntos, se hace un *palique* en la punta de un sable.

Y, no obstante, los *paliques* ni pinchan ni cortan. El sable es casi siempre espada de Bernardo.

Aunque bien puede ser que *Clarín* crea (*Clarín* tiene fe, y la fe es ciega) que á la regeneración de la enseñanza se llega acortando los cursos y alargando la inconmensurabilidad de los catedráticos.

Pero eso es mucho creer; es como creer que vuela un *Clarín*, con ó sin alas.

Y no hay tal. *Clarín* no vuela, corre; y si no, mírenle ustedes!

—¿Que viene Alix?
Desapareció.

EN LOS RINCONES

UN CELOSO

La lógica de algunos hombres es cosa que mete miedo.

El "miting" anticlerical ó El nuevo Génesis



El diluvio «providencial» del domingo y el Barro-so que puso intransitables las vías afluentes al Frontón Central, dejó á salvo en el arca de la calle Mayor una pareja de animales de cada especie.

que anhela llegar, cifró todas sus esperanzas para el porvenir.

Cogióla debajo del brazo, y una mañana, después de cariñosa despedida de su madre, tomó el tren.

Al día siguiente Luis se hallaba en Madrid.

No conocía aquí a nadie. Sus primeros pasos, después de instalarse en una modesta casa de huéspedes, se encaminaron a procurarse el trato con los escritores, los poetas y los literatos de la corte, cuyos nombres y obras él conocía. Se figuraba que por el solo hecho de haber publicado *El Clamor* de su provincia la media docena de cuentos y las tres ó cuatro poesías con su firma, su nombre sería conocido entre las gentes de letras de Madrid. Por lo menos en las redacciones de los periódicos no dejarían de haberse leído.

Como no consiguió ponerse al habla con ningún literato, por vía de ensayo envió una composición en verso a un periódico semanal literario y un artículo serio y bien pensado a un importante diario.

Pasaron días y semanas y... nada; ni el artículo ni los versos salían.

El pobre Luis estaba contristado.

Venció su timidez y decidióse a visitar las redacciones de ambos periódicos.

El director del periódico semanal, le dijo que, efectivamente, había recibido su composición, que no estaba mal, algo larga nada más; pero que como la firma era desconocida...

El otro director, el del diario de gran circulación, que era además diputado a Cortes, hombre que no tenía un minuto desocupado, que le costó a Luis seis viajes a la redacción y acostarse otras tantas a las cuatro de la madrugada para conseguir verle, le dijo que era la primera noticia que tenía de tal artículo y además que en su periódico, fuera de los trabajos de los redactores, sólo se publicaban artículos con firma cuando ésta era de autor conocido...

Luis se formó el propósito de darse a conocer. Tenía para ello su novela.

Con ella se presentó a un editor. Dijo que éste que para el buen éxito de la obra y para que él se arriesgara a exponer su capital, lo primero que hacía falta era un nombre.

—¿Cómo un nombre?

—Sí; el nombre del autor.

—Pues el mío: Luis Mendoza.

—No es eso, joven; quiero decir un nombre conocido.

—¿De modo que los que empiezan?...

—Amigo mío, mi negocio no es dar a conocer autores noveles, es editar obras de éxito seguro, que den dinero.

Decidióse Luis a publicar la novela por su cuenta. Hizo que su madre le enviara el dinero que pudiera reunir hipotecando la casita del pueblo, y en menos de un mes la edición quedó hecha.

Luis la distribuyó en comisión en las librerías y envió dos ejemplares a cada periódico.

Lleno de temores y de esperanzas, aguardó el juicio crítico de la prensa, comprando diariamente todos los periódicos.

Pasaban días, y nada. Cuando ya estaba casi desalentado, leyó en un diario de escasa importancia: «LIBROS RECIBIDOS (aquí el título), Novela por Luis Mendoza. Elegante y bien editada. Precio, 3 pesetas.»

Y nada más; los otros periódicos ni una palabra. Como el autor era desconocido, ni la abrirían.

El pobre Luis se gastó toda su fortuna en la publicación de su novela; como tampoco se vendía en las librerías recogió la edición y formada en pilas la tiene en un ángulo de su cuarto, y él por ahí anda ahora haciendo la vida bohemia, triste, melancólico y derrotado sin haber conseguido aún llegar y sin que su firma sea conocida y cotizabile en el mercado literario.

¿Llegará algún día? ¿Quién sabe! Pero para entonces, ¿dónde estarán sus ilusiones y entusiasmos?

¡Oh, jóvenes, que en vuestros pueblos podéis ser, con una carrera útil ó un oficio productivo, pacíficos y honrados burgueses, no os dejéis seducir por engañosos ensueños de

gloria y de renombre en la república de las letras; la época actual es egoísta y positiva, y vale más en ella un Martín Esteban que cien Cervantes!

JOSÉ CINTORA.

ZARZUELA

“La barcarola.”

La ovación tributada a los autores de *La barcarola* la noche del estreno, fué de órdago, según nos contaron los diarios, minutos después de la representación, puesto que en el domicilio artístico de Físcowich las gastan así: el público de la cuarta suele quedarse a dormir en el teatro. Empalma los chistes de la última obra, «extraordinariamente aplaudida», con los primeros buñuelos.

En los toros pasa lo mismo. Se publica *El Enano* cuando Fuentes y el *Algabeno* apenas han tenido tiempo de cambiar de ropa y el desfile de la calle de Alcalá está en todo su apogeo. ¿Por qué no extender las costumbres taurinas a nuestras costumbres teatrales? La fiesta nacional imprime vigor y españolismo a la raza, según afirman los que entienden la aguja de marear, y hay que vigorizarse, hay que españolizarse... Llegaremos a leer la revista de un estreno del género chico en *El Fandango Teatral*, cuando el autor esté saludando en escena todavía, y las cocineras más emperejiladas abrirán calle ó abrirán plaza para ver salir a Moncayo, a Carreras, a la Brú, a Loreto Prado y a Muriel. ¡Y lo que le gustaría a Muriel esto!

No soy estrenista, no asistí a la primera representación de *La Barcarola*. Yo me permito aconsejar a los *morenos* independientes que hagan lo propio en todos los casos. Tales solemnidades constituyen una broma pesada que se da al que fué un día respetable público. La gran mayoría de las localidades se pierden de telón adentro, y huele a tifus en noche de estreno desde el mismo Bombay, donde están mejor que aquí, porque no padecen currinches, ni literatos esculturales.

Los *morenos* auténticos, los que no se casan con las tiples, ni toman café en las cervicerías literarias, ni se saludan con Celso primero, deben ir a la segunda representación, sin temor ya al contagio. El ambiente es distinto, aunque la obra es la misma. No hay corrillos, no hay ¡bravos! (de los unos y de los otros); y si no gusta la pieza, puede uno atreverse a manifestarlo sin provocar la indignación del vecino, que suele resultar por casualidad un irreconciliable amigo y compañero del autor.

La gente del oficio se profesa una estimación feroz.

Entrando en *La Barcarola*, mejor dicho, no entrando, consignaré con rubor que no me conmovi ni por equivocación, ya que aquello recuerda todo el archivo de la casa.

Pero a fuer de imparcial (sin Laserna, que se comprime), declararé que era la quinta representación, y que el teatro estaba lleno. No cabe negar a *La Barcarola* este éxito de taquilla.

Aunque hay que explicar el éxito. Madrid es trasnochador; Madrid es un punto; tiene la manga muy ancha y unas tragaderas a prueba de *Tempranicas*. La campanada de la una de la madrugada le estremece todo; piensa entonces en Fornos, en sus asilos de amor, en la cuarta de Apolo y de la Zarzuela, que son los únicos sitios que están abiertos toda la noche... Y alterna las calaveradas. Cuando le hastia el cubierto de dos pesetas, se entrega a la última pieza, y si ambas cosas le fastidian, se va de juerga... *La Barcarola* ha

conseguido llevarse ese público y un poco del otro, honesto, burgués y miope. Y el público, que va allí con la loca pretensión de no dormir, duerme, sin embargo, en *La Barcarola*. Una tenue ráfaga de interés le despierta en el segundo cuadro. Pasado ese momento, torna a bostezar, sin respetos a Sellés, que nos sirve su lengua académica con la mar de sal. Hasta Caballero y Lapuerta, al tener delante el libreto, se durmieron haciendo la música.

En el cuadro tercero, que llamaremos el de *las quintillas*, estalla una tempestad de aplausos en lo más alto de la sala, que quiere darnos a entender que allí ha pasado algo. En efecto; es una descarada ovación al ripio. Y eviten ustedes el cuadro primero, en el cual no estalla nada, ni la paciencia del público.

✱

Morano, admirable del coro al caño y del caño al coro. Es un cómico sabiendo nadar en Lara y guardar la ropa en la Zarzuela.

Su parte es coja. No tiene música. Sin música y sin quintillas no hubiera habido quien le tosiera a Morano en la Zarzuela.

PLÁCIDO.

EN CONCIENCIA

Que una chica tan bonita,
tan discreta,
en lugar de hacer calceta
y exponiéndose a una grita,
queriendo conseguir fama
y ser célebre en el mundo,
se nos venga con un drama
tremebundo,

sin que sea esto faltar
a la dramaturgia hermosa,
es para JUAN RANA cosa
de la que hay que protestar.

Fundados en tal creencia
(mil perdones, señorita),
declaramos *En conciencia*
que usted se buscó la grita.

Y lo afirmamos sin miedo,
porque es justo y necesario,
aunque a Romero Robledo
le parezca lo contrario.

Corred, niñas, a cumplir
otros más útiles fines;
¡mucho mejor que escribir
es remendar calcetines!

LA COMIDA DE LAS FIERAS

Benavente escribió una comedia con este sugestivo epígrafe. JUAN RANA hace un artículo metiendo el silbato en el banquete de más circulación de España, perpetrado contra el Sr. Ortega Munilla, con motivo de su ingreso en la Academia Española.

A punto estuvo de caérsele a JUAN RANA el pito que sustenta orgulloso, cuando leyó que los chicos del *Heraldo*, confundiendo al director de *Los lunes de El Imparcial*, y actualmente de todos los días de la semana, con Arturo Reyes y demás reyes en el destierro de las letras, trataban de colocarle un banquete, ¡y de doce pesetas! Es decir, menos que una delantera de grada.

Con tan inverosímil economía en los precios y con el cartel que se trae el Sr. Ortega, el lleno era de cajón. Tan grande fué la demanda de tarjetas, que la empresa tuvo que cerrar el comedor y poner a escape el cartel de «No hay billetes», privando de cuchara a una legión de admiradores a cubierto limpio.

Quando Juan, que amaba á Paula, conoció que era correspondido, se casó con ella y la dijo al punto:

—Amada mía, los maridos que quieren de veras, son celosos; y yo no puedo quererte más, ni por consiguiente dejar de serlo.

—¿Es que te he dado algún motivo para que tengas celos?

—No; pero cuantas veces considero tu hermosura, me atormenta la idea de que los demás puedan encontrarte tan hermosa como yo.

—Está bien,—dijo la esposa.

Paula tuvo un hijo, y sus atractivos se atenuaron algún tanto.

—Ahora ya no sientes celos, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Tus cabellos son finos, largos y sedosos, y acaso haya alguien que de ellos se enamore.

—Está bien,—dijo la esposa.

Y con el fin de que el marido no sufriera, mandó que se los cortasen casi al rape.

—Ahora ya no estarás intranquilo, ¿verdad?

—Amada mía, tus dientes son muy hermosos, y cuando sonríes descubres un tal prodigio de frescura que con nadie quisiera compartir...

—Está bien,—dijo la esposa.

Y á fin de que el hombre más no sufriera, descuidólos bastante la señora, y ya no volvió á sonreír.

—Ahora ya no estarás celoso, ¿verdad?

Pero Juan lo estaba todavía, por los labios de su esposa, por sus ojos y por sus manos señoriales; y cuando para libertarle de cuidados renunció á toda belleza, el hombre se tranquilizó, la dió gracias, y la dijo:

—Ahora ya no siento celos.

Pero pasado un par de días, añadió:

—¿Sabes, querida mía, que estás fea hace algún tiempo?

Y desde aquél punto Paula fné indiferente á Juan.

EL PERFECTO PERIODISTA

Frio, impasible y tenaz, Andrés era el reporter, y nada más que el reporter.

Su oficio le había secado, ó más bien deshumanizado; ya no hablaba, *interviewaba*; tampoco escribía, *hacía líneas*.

El puño derecho de su camisa, estaba cubierto de notas, direcciones y noticias; en el derecho había signos cabalísticos, que sólo Andrés comprendía.

Nadie sabía que tuviese parientes ni amigos: ambas cosas hacen perder el tiempo; pero, en cambio, estrechaba la mano á todo el mundo.

Andrés era capaz de realizar acciones heroicas: una vez permaneció veinticuatro horas sin estornudar en el armario de un hotel; y en el sitio de Santiago de Cuba se hubiera dejado morir de hambre junto á sus palomas mensajeras antes de comerse ninguna.

Una noche, al entrar en la redacción le entregaron una carta; en el sobre reconoció la letra que cuidaba su ropa y también su contenido, y al instante recordó que hacía tres días que no la había visto.

La carta decía: «Si no vienes á casa esta noche á las once, á las once y media seré cadáver.»

Andrés ni siquiera frunció el entrecejo; aguardó pacientemente que dieran las doce, y después, sin que su voz se estremeciera, dijo á un compañero: «Diéque, vete á tal calle y á tal número, cuarto segundo de la derecha; allí encontrarás un papel *interesante* de una joven que acaba de suicidarse por disgustos amorosos. Ven al instante y no pierdas ningún detalle.»

Y aguardó, seguro de que su periódico tendría las primicias del suceso; para economizar tiempo redactó desde luego la noticia sin que su mano vacilara un instante.

Diéque no volvió hasta el día siguiente, y Andrés le preguntó indignado:

—¿No fuiste donde te dije?

—Sí...

—¿Y qué? ¿La joven aquella?...

—La encontré, pero no se había suicidado. Andrés experimentó una contrariedad extrema por menoscabo de su crédito reporte-

ril, y además el director del periódico le despidió amablemente.

BILL SHARP.

(Traducción de JUAN RANA.)

S. M. LA HUELGA

Queridísimo JUAN RANA:

He intentado esta mañana ir á hacerte una visita

cumpliendo con mi misión; pero la huelga maldita

(dicho sea con perdón), me priva de ir hasta allá;

porque dime tú quién va andando á la Redacción

desde mi casa que está mucho más allá de la

carretera de Aragón... Ya que tú la mayor parte

de tus noches y tus días, la dedicas á burlarte

de las *malas compañías*, tu ingenio exquisito pon

en la presente ocasión contra las de los tranvías

y me proporcionarías la mar de satisfacción.

¡Guerra sin cuartel á esas absolutistas Empresas

que tratan á cobradores encuarteros, mayores

á inspectores, peor que á los animales,

y que, fiando en tener muchas, y buenas aldabas

de la gente del poder, nos van á todos á hacer

la santísima sin trabas! Anteanoche en Eldorado

el personal congregado, que no es un grano de anís,

la huelga determinó y desde ayer no corrió

por la calle ningún *gris*. Esto durará unos días,

lo cual me hace suponer que al fin vamos á tener

expeditas nuestras vías. Pero de toda esta huelga

que, por curarse en salud, provocó con su actitud

la gran Compañía Belga, lo notable, caballeros,

es la advertencia prudente que les hizo el Presidente

á todos sus compañeros: «Aunque dejen varios días

los tranvías de correr ¡que no se estén sin comer

las mulas de los tranvías! Hay que darles su ración,

pues de todos nuestros males no tienen la culpa; ¡son

unos pobres animales! Y ¡adelante con la huelga!

Con que ya lo sabe el Consejo de Administración

de la Compañía Belga. La Sociedad, que ha aceptado

el consejo de Escudero, hará que coma el ganado

cuidándole con esmero; pues, según esos señores

nos quieren dar á entender, son... ¡otros bichos peores

los que no deben comer!

UN REPORTER DE JUAN RANA.

UNO DE TANTOS

La infancia de Luis transcurrió tranquila y feliz en un pueblo pintoresco y alegre que recibe la luz del esplendente sol de Andalu-

cía, y cuya vega riquísima fecunda las aguas del padre Bétis, cantado por los poetas.

Su madre, viuda y con hacienda muy escasa, le dió, sacrificándose, una educación esmerada y le hizo, como hijo único, objeto de todos sus cuidados y desvelos.

Y el chico lo merecía. Desde niño dió pruebas de gran despejo y de una precocidad intelectual extraordinaria.

Lo único que á la buena señora tenía disgustada era que Luis se mostraba refractario, después de haber obtenido con mucha facilidad y brillantez el grado de bachiller, á seguir una carrera. Dadas sus buenas disposiciones, la medicina, el foro ó cualquiera otra facultad, podría brindarle brillante porvenir.

Pero Luis no pensaba lo mismo.

Le dió por las bellas artes y la literatura, ésta sobre todo. En pocos años se metió en la cabeza las obras de los clásicos españoles y de los más notables poetas y escritores modernos.

Después él mismo se sintió con ánimos para hacer *algo*.

Como casi todos los principiantes educados en el ambiente sencillo y poco viciado de provincias, fué tocado de romanticismo y se enamoró de la forma poética, que él, en su inocencia, aún no sabía que estaba llamada á desaparecer.

Sus primeros platónicos amores con una señorita rubia y sentimental del pueblo, diéronle pretexto para componer las primeras estrofas que *brotaron de su lira*, como él mismo decía, en unos versos hinchados, de adjetivos rimbombantes, declamatorios y asaz rípidos.

Hizo odas al sol, á la luna, al cielo azul, límpido y transparente; una elegía á la patria y un madrigal bucólico que casi improvisó una mañana de primavera sentado *cabe* la orilla del caudaloso Guadalquivir, en que el *dorado* sol saliente, el *suave* murmurio de las aguas, el *dulce* rumor de la brisa, el *alegre* canto de las *canoras* avecillas y el *áspero* son de las esquilas del ganado, constituían, en rítmica trabazón de palabras, versos que él leía y releía cada vez más encantado de su sonora y armónica rotundidad.

¡Cuánto sueño placido, cuántas ilusiones halagadoras!

Pero su día feliz, el más grato de su vida fué aquel en que recibió un periódico de la capital de la provincia que traía una larga columna de versos impresos escritos por él, con su firma al pie y debajo un suelto de la redacción, encomiástico en alto grado, en que se le saludaba como á un poeta de nervio, de inspiración y de altos vuelos, diciendo que quien así comenzaba, podía aspirar á legítima gloria y renombre en el palenque de la literatura.

Aquella fué una embriaguez deliciosa para Luis.

«¡Oh, qué filtro envenenado me dais en este papel!»

hubiera podido decir, con menos ilusiones y más experiencia, á los amables periodistas que tan generosamente le encomiaban.

Pero él no veía más que sus versos impresos. Los versos que él había enviado llenos de temores y de incertidumbres, habían sido acogidos con entusiasmo por el periódico más importante de la provincia... ¡Qué gran paso para su porvenir!

Repitió la suerte con idéntico resultado.

Envío un cuento en prosa, é igual acogida, y aún más entusiastas elogios, diciéndole que era un escritor brillante, de ideas, un prosista castizo.

Luis no titubeó ya. Empezó á ver ante sus ojos horizontes espléndidos y dilatados. El camino de la notoriedad y de la gloria se le presentaba amplio, fácil y llano. Era preciso reconocerlo.

Trabajó con afán, poniendo en su labor sus cinco sentidos, y en medio año hizo una novela modernista y original, según su opinión, porque él no había tomado para ella nada de nadie.

En esta obra, hecha con todo el entusiasmo de la juventud, con toda la energía del

Teatro de la Comedia.



ITALIA VITALIANI

(APUNTE DEL NATURAL, POR MARÍN.)